

SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

MAHÓN 4 de Junio de 1925

APUNTES ANTROPOLÓGICOS

La tierra y el hombre

«La Geografía es la base de la Historia, pues los hechos han de referirse a algo, han de ocurrir en alguna parte...» Kant.

Existe tal relación entre el planeta y sus habitantes de tal forma influye la circunstancia externa telúrica en nuestra vida íntima y anímica, que la personalidad humana es la propia personalidad del país.

Un asturiano es serio, fuerte de voluntad y cuerpo, amable y honrado, triste con frecuencia, y dado a la melancolía propia de los pueblos septentrionales.

En cambio, el tipo andaluz es muy distinto, más bien halagador que amante del trabajo asiduo, y sobre todo alegre.

Y es que el suelo asturiano, el cielo, el sol, es muy distinto del suelo andaluz y de la alegría con que brilla su sol en un firmamento siempre azul, optimismo de la naturaleza que se refleja en la gracia y hermosura de sus mujeres.

Qué contraste tan profundo entre las pobres tundras siberas, donde nuestros ojos sólo contemplan paisajes de hielo y soledad, y las tierras cálidas y abrasadas del trópico, atiborradas de selvas durante la exuberante naturaleza canta un himno a la vida!

En aquellas tierras, iluminadas por los rayos tibios y apagados de la aurora boreal, viven hombres que tienen menester de cubrir sus cuerpos con enormes pieles, porque el frío helaría su sangre. Tienen también necesidad de ir a los témpanos y a las costas sempiternadas a cazar la morsa y la ballena para satisfacer sus cuasi ictiofagia.

La frialdad excesiva del clima, la tristeza profunda de aquella naturaleza pobre, determina el carácter de aquellos hombres, casi desconocedores de la alegría.

Muy distinto es el paisaje que se observa en la «Hylaa» de Humboldt (selva del Amazonas) o en el valle de Cachemir o en el interior del Congo. Los hombres habitantes de estas regiones privilegiadas no parecen hermanos de aquellos otros que visten siempre de pieles. Andan casi desnudos, y apenas tienen necesidad de trabajar. Si a los esquimales podemos figurárnoslos atravesando los desiertos de hielo en trineos veloces para llegar pronto a la costa o el río donde realizar su profesión de pescadores, a los holgazanes habitantes del Maraón tenemos que verlos acostados

a la puerta de sus cabañas, ociosos y degenerados. No tienen necesidad de ir a la ribera para procurarse alimento: a la puerta misma de su choza hay un platano brindando complacientemente su sabroso fruto.

Por eso el hombre verdadero, el civilizado y de religión perfecta, no habita nunca estas regiones de contraste.

Ha vivido siempre en un término medio, en la zona templada, porque allí no tenía que atiborrarse de vestidos ni menester era que anduviera desnudo; la naturaleza de su patria no era pobre e infructuosa, ni tampoco tan exuberante que le brindara a la holganza, principio de la degeneración.

El hombre del país templado ha sido, y lo será siempre, trabajador, amigo de instruirse y enamorado de su patria y de su religión; funda escuelas donde preparar a sus hijos para la vida; crea fábricas en que ocupar sus músculos y su inteligencia; levanta museos, templos, hospitales, y en fin, realiza la obra magna de la civilización, que es el destino único del hombre en este mundo.

LUIS LOPEZ RENDUELES

La supremacía de la mano derecha

Su origen histórico

No deja de ser curioso que sea el hombre el único animal que da preferencia a una mano sobre otra. Los irracionales no hacen distinción ninguna entre la pata derecha y la pata izquierda; el gato juega indiferentemente con una o con otra con el ratón herido, y aún los monos, que por su organización se aproximan más a la especie humana, no parecen ser más hábiles con la mano derecha que con la izquierda. En cambio, en la especie humana, aun los salvajes más salvajes dan preferencia a la mano derecha. Nuestras costumbres así sociales como militares, y aun la misma filología, indica claramente el origen de esta preferencia. En todos los pueblos y en todas las tribus, desde que el hombre tuvo que usar armas defensivas y ofensivas, el lado izquierdo o del corazón tuvo que ser protegido con el escudo, mientras la mano derecha manejaba el arma; a la izquierda se le llamó la mano del escudo, y a la diestra la mano de la lanza.

Por otro lado, cuando el hombre necesitó contar por vez primera empezó a hacerlo con los dedos, de uno a diez. Los dedos de la mano que quedaba libre,

o sea la derecha, fueron los primeros que se usaron.

La pérdida accidental de la mano o el ojo derechos, la mutilación de una u otra como castigo, todo ello muy común en los tiempos bárbaros, explica el por qué hay todavía muchos zurdos; más de los que comunmente se supone, puesto que constituyen un cuatro por ciento de la humanidad.

Fábulas de Lafontaine

Los dos asnos: uno cargado de esponjas y otro de sal

Empuñando triunfalmente el cetro, como un emperador romano, conducía un humilde arriero dos soberbios corceles, de aquellos cuyas orejas miden palmo y medio. El uno cargado de esponjas, iba tan ligero como la posta; el otro, a paso de bucy; su carga era de sal. Anda que andarás, por sendas y vericuetos, llegaron al vado de un río y se vieron en gran apuro. El arriero, que pasaba todos los días aquel vado, montó en el asno de las esponjas, arrea do delante al otro animal. Era este antojadizo, y yendo de aquí para allá cayó en un hoyo, volvió a levantarse, tropezó de nuevo, y tanta agua tomó, que la sal fue disolviéndose, y pronto sintió el lomo aliviado de todo el cargamento.

Su compiche, el de las esponjas quiso seguir el ejemplo, como asno de reata; zambullóse en el río, y se empaparon de agua todos: el asno, el arriero y las esponjas. Estas hicieron tan pesadas, que no pudo ganar la orilla la pobre cabalgadura. El misero arriero abrazóse al cuello, esperando la muerte. Por fortuna acudió en su auxilio, no sé quién; pero lo ocurrido basta para comprender que no conviene a todos obrar de la misma manera.

Y esa es la conclusión de la fábula.

CUENTO JAPONÉS

LA MAYOR FELICIDAD

Por Martín Gracia y Martín

Muchísimos años antes de que a la capital del Japón cambiasen su nombre primitivo, se alzaba como un templo sagrado a una orilla del hermoso río Sumidagawa un soberbio y esbelto palacio, cuyo propietario era, como puede suponerse, un anciano venerable y

riquísimo ante todo, cuya fama de su inteligencia extraordinaria era universalmente conocida.

Había residido la mayor parte de su vida en la expresada capital donde tan nobles cargos había desempeñado; mas ahora, ya agobiado por el peso de sus muchos años y afligido por el fuerte dolor que le había producido la muerte de su buenisima esposa, habiase instalado en tan magnífica mansión, deseoso de pasar los últimos días de su vida en el centro del más absoluto reposo. Durante su juventud había sido un hombre justo y bueno como pocos, y por eso ahora, en los últimos años de su vida, veía con satisfacción premiadas sus buenas cualidades, aquellas dos lindas hijitas que durante sus ratos de ocio llevaba al jardín para divertir las e instruir las explicándoles las diferentes vidas de las plantas y árboles, habían ido creciendo a manera que él había ido envejeciendo, y ahora, cuando más falta le hacían los buenos cuidados y el cariño, los tenía en abundante de sus hijas ya mayores.

Era ciertamente indudable que no había en todo el Japón dos hermanas de tan encantadora belleza y asombroso parecido, como lo eran las hijas de aquel sabio anciano. Pero si bien todo lo referente al físico de las mismas, podía contarse como exacto, en cambio en la bondad del corazón, en las ideas y modos de pensar, no podían ser más fuertemente opuestas.

Crisantema, que así se llamaba la hija mayor, vestía diariamente lindísimos trajes de pura y blanca seda, primorosamente confeccionados y bordados, los cuales, relacionados con su bellísima tez y sus caprichosos peinados, dabanle la figura más elegante y hermosa, digna de la princesa más encantadora de la tierra. Todas las tardes, siendo como era íntima amiga de las grandes diversiones, se embarcaba en una magnífica nave que por el ya expresado río llegaba hasta el mismo borde del jardín que rodeaba el palacio, la cual la conducía al puerto de la ciudad, donde ya era esperada por distinguidas damas amigas suyas, en cuyos repetidos palacios había pasado las horas más felices de su vida.

No era del mismo parecer la hermana menor, llamada Almendrina, la cual no abandonaba un momento el palacio como no fuese en compañía de su cariñoso padre.

Sus diversiones no podían ser más humildes, sucediendo lo propio con sus trajes.

Su única ambición consistía en ves-

Lavados en seco
Colores finos y sólidos a la muestra
Lutos rapidísimos
Plisados, acordonados, watteaux, etcétera
Se lavan, tiñen y rizan plumas
Lavado de renards y toda clase de pieles
Visillos, stors, cortinajes y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN
BARCELONA
Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES
ANUNCIAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic
Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta
Tantas expediciones como vapores correos

tir sus sencillísimos y blancos kimonos sin la más insignificante mancha.

Aquellos artísticos bordados y aquellas aplicaciones de terciopelo con que su hermana llevaba adornados los suyos, no le habían llamado jamás la atención.

Durante las horas de recreo, en vez de asistir a los grandes bailes que a menudo organizaba la aristocracia de la ciudad, como hacía su caprichosa hermana, subía a una pequeña galería de palacio adornada con infinidad de hermosas plantas productoras de bellísimas y aromáticas flores, sentabase en una especie de almohada que sobre el suelo tendía, ponía su mirada fija en el paisaje que ante sus ojos se desarrollaba, y en tal posición, contemplando las maravillas de la naturaleza, pasaba larguísima hora.

Veía desde allí cómo las azuladas aguas del río se deslizaban furiosamente, arrastrando como juguetes diminutos las lanchas de los humildes pescadores.

Contemplaba el aspecto que ofrecía la otra lejana orilla del río entre cuyas altísimas cañas de bambú se divisaban claramente las siluetas de pintorescas viviendas de alegres campesinos.

Y por último, oía emocionada aquel dulcísimo concierto que todas las tardes entonaban millares de alegres pajarillos, los mismos que durante la mañana ocupaban los grandes arbustos del jardín.

Bien ajeno vivía el respetable anciano acerca de las diferentes cualidades de sus hijas. Para él, las dos eran igual de buenas.

Era servido por las dos con la mayor dulzura y cariño, y hasta entonces, aunque su hija Crisantema le ocultase lo que ya sabemos, no podía pronunciar la menor queja contra ninguna.

Y confiado por las demostraciones que veía de que sus hijas eran igual de buenas, pasó viviendo feliz aquel anciano en su conocido palacio, hasta que un día...

II

Los millares de cañas de bambú, con sus grandes hojas de color verde y claro, la planta que más abundaba en el jardín de palacio, dominadas por el continuo viento Nordeste, movíanse lentamente, aparentando saludar al sabio propietario de todo aquello, el cual, acompañado por cierto número de distinguidos servidores, paseaba por el jardín aquella tarde cuando ya el rey de los astros empezaba a ocultar sus dorados rayos.

Poco a poco terminó de recorrer el jardín, y llegó al pequeño embarcadero que formaba el borde del jardín al juntarse con las aguas del río, donde bajo un gran árbol había construido, de madera artísticamente trabajada, un espacioso banco, en el cual se sentó el anciano para descansar, tal como hacía siempre.

No había pasado mucho tiempo, cuando al anciano llamó la atención una hermosa, o mejor dicho, magnífica nave, que con una velocidad fantástica venía acercándose hacia ellos.

Pensó y reflexionó aquel sabio hombre acerca de la inesperada llegada de aquella nave tan lujosa.

Primero creyó que los navegantes de la desconocida embarcación debían venir en su busca; ¿pero para qué? Desde su partida de la ciudad, nada tenía que ver con ningún asunto siendo, por lo tanto, libre en todos sus conceptos.

La embarcación no tardó en hallarse a diez metros del anciano.

Descendió de ella un arrogante marino vestido con traje blanco, el cual, por medio de una pequeña lancha, no tardó en ganar la orilla del embarcadero.

Uno de los criados del anciano se dirigió al encuentro del marino, y le preguntó lo que deseaba. Rápida debió ser la contestación, pues o que al momento regresó el criado presentando el marino al sabio propietario.

Saludó el marino a lo militar, y dijo:

—Señor, acabo de enterarme por el hombre que ha salido a recibirme que sois el dueño de todo esto y el padre de la señorita Crisantema, y como tal, permiso os pido para conducir a vuestra hija al palacio de S. A. nuestro príncipe heredero, a bordo de la nave que allí veis.

—Entonces—dijo asombrado el anciano,—¿es el propio príncipe quien os mandó por mi hija?

—Así es en efecto—respondió sonriendo el gallardo marino.

—¿Con qué objeto?

—Lo ignoro; tan solo puedo decirle que esta noche en palacio se verificará la más espléndida de las veladas.

El anciano no contestó. Levantóse de su asiento, hizo una señal a sus criados para que lo siguieran, y seguido de estos y del marino, penetró en su palacio.

Lo primero que hizo fué llamar a su hija Almendrína, la cual se hallaba entonces en la galería donde pasaba sus ratos libres.

Una vez en compañía de su buen padre, penetraron los dos en una suntuosa habitación, y por medio de una doncella mandaron recado a Crisantema para que llegara al instante a la misma estancia.

Esta no tardó en llegar. Mas al verse frente a su buen padre, la confusión y la vergüenza apoderáronse de su persona. Recordó al momento que sin darse cuenta había llegado con su abundante y negra cabellera tendida sobre su espalda dispuesta para ser peinada.

—¿Estaba perdida! Su padre quedaría extrañado al ver a tales horas su cabello sin peinar, y sin la menor duda había de preguntarle el motivo de ello. No le cabrían excusas para ocultarle la verdad, y entonces, no tenía más remedio que confesar lo que pretendía realizar. ¿Pero qué sería después? Acabaría de descubrir el secreto que por nada del mundo hubiera querido hacer sabedor. Y ahora vería el anciano, con verdadero dolor de padre, que su hija no era tan buena como él creía.

Todas estas reflexiones pasaron por la mente de Crisantema con la velocidad de un relámpago.

Según era en las dos costumbre, se dirigió a su padre, que de pie permanecía con la seriedad más respetuosa que puede imaginarse, y le estampó un fuerte beso en su frente.

El anciano devolvió seguidamente aquel beso a su hija, aunque el gesto más leve no varió su rostro.

De pronto, Crisantema empezó a embalar. Tal como ella se figuraba, había llegado; el anciano pedíale la explicación del por qué llevar a tales horas el cabello sin peinar.

(Concluirá)

IDIOMA INTERNACIONAL DE SIGNOS DE LOS VAGABUNDOS

Hace ya muchísimos tiempos que los gramáticos, comerciantes e industriales y muchas personas de vasta ilustración, buscan el medio de introducir un idioma internacional, a fin de facilitar las relaciones; pero el asunto no va tan deprisa como lo han llevado los rateros y mendigos. Estas gentes recorren los caminos, dejando siempre huellas de su pa-

so por medio de signos que, si para un profano nada indican, tienen un gran valor para el colega que viene detrás.

Esto no quiere decir que lo conozcan todos los rateros y mendigos, más si que están poseídos de tal instinto de unión, que se sienten, impulsados al auxilio mutuo; y así se comunican las informaciones convenientes ó necesarias, y, de esta suerte, el vagabundo forastero no necesita más que ir leyendo los signos trazados junto a las puertas, ventanas ó en el muro por los compañeros que pasaron antes, para descubrir lo que le conviene.

Allí donde uno de estos individuos recibe algún beneficio y descubre que los habitantes de la casa son compasivos, marca inmediatamente la casa con el signo internacional correspondiente, y los bondadosos habitantes se encuentran luego sorprendidos de que su casa se vea tan a menudo visitada, y no pueden jamás llegar a concebir la idea de que todo pordiosero que por allí pase recibe una invitación secreta para que entre a saludarles.

Por el contrario, si a las primeras de cambio, se le ha echado con cajas destempladas, ó achuchado el perro, ó puesto por la fuerza de patitas en la calle, su honor profesional le hace sentirse obligado a advertir y prevenir a sus compañeros, marcando la casa con el signo secreto; el cual libra a los moradores de pretensiones e importunidades; mejor que el más fiero dragón de los cuentos conocidos.

La mayor desgracia que le puede ocurrir al vagabundo es caer en manos de la autoridad, que se le coja por el cuello de la solapa y se le aparte por algún tiempo de su camino sembrado de bendiciones. Una corta interrupción de su vida errante y pordiosera puede serle en invierno, cuando los caminos están sucios o enlodados, bastante agradable; pero cuando un vagabundo ha sufrido ya varios castigos, el peligro que le amenaza como fin del próximo es terrible; la idea de un asilo, o de donde haya que trabajar, no la pueden soportar.

En la práctica judicial existen varios ejemplos de asilados que se acusan de robos con tal de que los llevaran a la cárcel y verse así libres del trabajo que allí les obligaban a hacer.

DEHIL

CHISTES

Cuestión de precio

En una escuela, el maestro y los discípulos discuten asuntos científicos.

—¿Qué es el diamante?—pregunta el maestro.

—Carbono—contestan todos, en unísono.

—Muy bien; el diamante es carbono puro. Pero, como vimos en la última lección, la hulla, el carbón de piedra, como se le llama comúnmente, es también carbono, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Ahora, ¿podría alguno de ustedes decirme la diferencia entre estos dos carbonos?

—Sí, señor, el precio—contestó el más chiquitín de la clase.

MAESTRO.—Me parece que nunca puede contestar a mis preguntas. ¿Cómo es eso?

DISCIPULO.—¿Cree usted que si supiera contestar, papá se molestaría en mandarme acá?

Es mi patria mi tesoro,
el amor de mis amores,
de entre las tierras mejores,
la que tan solo yo adoro;
la de los campos de oro
y los vergeles de flores
de los más bellos colores,
la que expulsó al pueblo moro.
Es la patria de Cervantes
de la manola graciosa
y los chisperos galantes;
la de la fiesta garbosa
y las guerrillas volantes
¡Esa es España gloriosa!

FRANCISCO HARO

VARIEDADES

La iglesia que se hizo con un árbol. Existe en Santa Rosa (California) una iglesia que tiene el privilegio, probablemente único, de estar hecha de un solo árbol. La nave mide 24 metros de largo por 12 de ancho; junto a ella hay un salón capaz para 100 personas, otro donde pueden tomar asiento 90, la sacristía y un cuarto de estudio para el sacerdote. Sin embargo, todo el edificio ha sido hecho con la madera de un solo tronco, hasta las tejas y cuando estuvo terminado, aun quedaba madera bastante para haber podido hacer otra construcción mas pequeña. Calculase que el árbol que proporcionó el material contaba la friolera de dos mil años de edad.

Collares de hormigas negras.—No son solo los diamantes, las perlas, los rubíes y záfiro las gemas rebucadas por las elegantes para fabricar collares y adornar sus gargantas. Hay países en donde la moda alega objetos más bajos con este fin, tan bajos, que levantan pocos milímetros del suelo y más aún, que viven bajo tierra.

Las mujeres de Nueva Guinea tienen una verdadera debilidad por los collares de hormigas negras.

Por si hay alguno que quiera confeccionar uno de estos lindos collares de moda oceánica, les diremos cómo se fabrican.

Las mujeres de Nueva Guinea recorren los sitios donde hay hormigas negras, que cogen cuidadosamente para no aplastarlas. Con los dientes las arrancan el abdomen que mascan y tragan, les quitan la cabeza, que es el desperdicio, y ensartan en un hilo el tórax del insecto.

El valor de estos collares depende de su longitud.

La mujer de un jefe tiene uno de once pies de largo, formado por 18.000 tórax de hormigas, lo que significa un suculento plato de abdomen de hormiga, unas pocas libras.

El tabaco es un veneno.—El doctor Freukel, de la Academia de Ciencias de Viena, ha estudiado concienzudamente la cuestión, y, eliminando la nicotina, dedujo que ésta no podía ser sola la base tóxica del tabaco, y se propuso estudiar a conciencia el asunto.

Siguiendo sus experiencias ha descubierto una substancia opalescente de olor agradable y característico, la cual es la base del perfume del tabaco y su principalísimo tóxico. Una corta cantidad de ella mató a un conejo de Indias, en el que hacía sus experiencias. En el pulmón del niño dice que es funesta, y en el del adulto, nociva.

¡Ojo, pues, con el tabaco!

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón